

estaban apiñados en el jardín. Los palmoteos, los bravos, y las risotadas de aquella gente que estaba por la parte de fuera, envalentonaban á los que daban esta especie de asaltos. Mil funestos diálogos se entablaban en alta voz entre los sediciosos de arriba y los impacientes de abajo. «¿Le han herido? ¿Ha muerto? ¡Echadnos las cabezas!» gritaban muchos de aquellos hombres. Algunos miembros de la Asamblea, algunos periodistas girondinos, y algunos políticos, como Garat, Gorsas y Marat, estaban confundidos entre la turba, burlándose con mil chanzonetas del vergonzoso martirio que sufría el rey. Por un momento corrió la voz de que había sido asesinado.

Pero este rumor no produjo ni un grito de horror entre aquel inmenso gentío, que dirigía su vista al balcón, esperando que de un momento á otro le enseñasen el cadáver. Sin embargo, en medio de tanta rabia se advertía que la mayor parte de aquellas gentes querían reconciliarse con el rey. Un hombre del pueblo, presentó á Luis XVI un gorro encarnado en la punta de una pica. «¡Que se lo ponga! — ¡Que se lo ponga! exclamó la multitud, este es el signo distintivo del patriotismo; si se adorna con él creemos en su buena fé.» El rey hizo seña á uno de los granaderos de que le diese el gorro, que se puso inmediatamente sonriéndose. En seguida se oyó un grito unánime de *¡viva el rey!* El pueblo había coronado á su gefe con el signo de la libertad y el gorro de la demagogia reemplazaba á la diadema de Reims. El pueblo había vencido y estaba ya sosegado.

Pero otros nuevos oradores encaramados sobre los hombros de sus camaradas, no cesaban de pedir al rey, ya con súplicas, ya con amenazas, que prometiese volver á llamar á Roland y sancionar los decretos. Luis XVI invencible en su resistencia constitucional, eludió ó se negó siempre á acceder á las instancias de los sediciosos. «Guardian de las prerogativas del poder ejecutivo, les

respondió, no la entregaré á la violencia; no es el momento á propósito para deliberar aquel en que no hay completa libertad para hacerlo. — No tengais miedo, señor,» le dijo un granadero de la guardia nacional. «Amigo mio, le respondió el rey cogiéndole el brazo y acercándolo á su pecho, pon ahí la mano, y mira si mi corazón late con mas violencia que de ordinario.» Esta accion y las palabras de intrépida confianza que la acompañaron, vistas y oidas por aquella multitud, cambiaron enteramente el corazón de los sediciosos.

Un hombre medio desnudo se presentó al rey con una botella en la mano, y le dijo: «Si amais al pueblo bebed á su salud.» Las personas que rodeaban al príncipe, temiendo tanto el veneno como el puñal, suplicaban al rey para que no bebiese. Luis XVI alargó el brazo, cogió la botella, se la llevó á los labios y bebió á la salud de la nacion. Esta familiaridad con el pueblo, representado por un mendigo, acabó de popularizar al rey. Nuevos gritos de *¡viva el rey!* salieron de todas las bocas, llegaron hasta las escaleras y fueron á consternar á los grupos que aguardando una víctima en el terraplen del jardín, veían que los verdugos se habían convertido en defensores de aquel á quien iban á asesinar.

XXII.

Mientras el desgraciado príncipe peleaba solo contra un pueblo entero, la reina sufría en una sala inmediata iguales ultrajes y estaba espuesta á los caprichos de los amotinados, lo mismo que su marido. Mas temida que el rey, corría mucho mas peligro que él. Cuando las naciones están en agitacion, necesitan personificar sus odios lo mismo que su amor. María Antonieta representaba á la vez á los ojos del pueblo engañado

todas las corrupciones de la corte, todo el orgullo del despotismo y todas las maldades de la traicion. Su belleza, las inclinaciones de su juventud hacia los placeres, la sensibilidad de su corazon, presentada por la calumnia bajo el mas feo aspecto; la sangre austriaca que corria por sus venas y una altivez que procedia en ella de su naturaleza aun mas que de su sangre; sus intimas relaciones con el conde de Artois, sus complots con los emigrados, su presunta complicidad con la coalicion; y los libelos escandalosos ó infames que se habian sembrado contra ella por espacio de cuatro años, hacian de esta desgraciada princesa la victima emisaria de la opinion estraviada. Las mugeres la despreciaban como á esposa culpable, los patriotas la aborrecian como conspiradora, y los hombres políticos la temian como consejera del rey. El nombre de la *Austriaca* con que era conocida entre el pueblo, reasumia todas las quejas que contra ella tenia. Esta princesa era la impopularidad de un trono del cual debia ser la gracia y el perdon.

Maria Antonieta conocia la animosidad del pueblo contra su persona y sabia que su presencia al lado del rey seria una provocacion al asesinato. Por este motivo se habia quedado sola con sus hijos en el cuarto donde estaba el lecho régio. El rey confiaba en que no se habrian acordado de ella, pero las mugeres á quien principalmente buscaban era á la reina, á la que llamaban á voces prodigándola los nombres mas insultantes para una muger que era al mismo tiempo esposa y reina. Apenas se vió el rey sitiado por las masas populares en el salon de la Claraboya ó del *Ojo de Buey*, cuando las puertas del cuarto en que estaba la reina se vieron tambien sitiadas por aquellos frenéticos, que dando feroces aullidos se esforzaban por derribarlas á golpes y á hazchos. Sin embargo, como este grupo se componia casi esclusivamente de mugeres y sus débiles brazos no eran suficientes á salir con su intento, llamaron en su

auxilio á los hombres que habian traído el cañon á brazo hasta el salon de los Guardias. Estos hombres acudieron inmediatamente al llamamiento. La reina de pie y estrechando á sus hijos contra su cuerpo, escuchaba en medio de una ansiedad mortal todo lo que pasaba á la puerta de su cuarto. No tenia á su lado mas que á Mr. de Lajard, ministro de la Guerra, decidido á sacrificarse por ella; pero impotente para resistir solo á la turba, algunas damas de su casa y la princesa de Lamballe, amiga suya, lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, rodeaban á Maria Antonieta. La princesa de Lamballe, nuera del duque de Penthièvre y cuñada del de Orleans, era amada por la reina con la ternura exaltada con que habia amado por largo tiempo á la condesa de Polignac. La amistad de Maria Antonieta era una especie de adoracion. Desdeñada en cierto modo por la frialdad del rey, que si bien poseia las virtudes, no tenia ninguna de las gracias de un esposo tierno; aborrecida del pueblo y causada ya del trono, desahogaba en el seno de la amistad intima un corazon demasiado lleno de amargura, sediento y vacío de sentimiento á la vez. Este favoritismo era tambien un motivo de acusacion y se calumniaba á la reina, hasta en sus amistades.

La princesa de Lamballe habia quedado viuda á los diez y ocho años, y pura en sus costumbres y exenta de ambicion y desinteresada por su elevado rango é inmensa fortuna, queria únicamente á la reina como á una amiga. Cuanto mas se encarnizaba la suerte contra Maria Antonieta, tanto mas se interesaba por ella aquella ilustre joven á quien atraian hacia su soberana no las grandezas, sino las terribles desgracias que sufría. El cargo que tenia en palacio la obligaba á vivir en él, y su habitacion estaba inmediata á la de la reina, para de este modo acudir al momento á participar de todos sus peligros y enjugar sus lágrimas. Veíase precisada, no obstante, á abandonar de cuando en cuando Paris, para ir á Vernon

á cuidar á su suegro el duque de Penthièvre, muy anciano ya. La reina, que presagiaba la tempestad que iba á armarse, la escribió á mediados de junio, suplicándola con todo el encarecimiento de la ternura que no volviese á París. Esta carta hallada entre los cabellos de la princesa de Lamballe y *desconocida hasta aquí*, descubre el cariño de la una y la decisión de la otra.

«No volvais de Vernon, mi querida Lamballe, hasta vuestro completo restablecimiento. Nuestro buen duque de Penthièvre se afligiria mucho y se quedaria muy triste si lo abandonaseis, y todos nosotros debemos tenerle mucha consideracion, tanto por su avanzada edad, como por sus virtudes. Muchas veces os he dicho, que si me amábais miráseis un poco por vos, cuidando de vuestra salud. ¡Se necesita tener tantas fuerzas en la época en que vivimos! ¡Ah! no volvais.... al menos, volved lo más tarde que os sea posible. Vuestro corazón padeceria demasiado, y amándome con tanta ternura como vos me amais, llorariais continuamente al ver todas mis desgracias. Esta raza de tigres que inunda al reino se gozaria cruelmente en nuestra desdicha, si supiese cuanto sufrimos. Adios, querida mia; ya sabeis que pienso continuamente en vos, y que no cambio jamás.»

Esta carta en vez de detener á la princesa de Lamballe la hizo acelerar su vuelta á París. Esta señora se apretaba contra la reina como si quisiese caer herida con el mismo golpe. A su lado se hallaban otras señoras valientes que eran la princesa de Tarento, y las señoras de Tourzel, de Makau, y de la Roche-Aymon.

Mr. de Lajard, militar de sangre fria, responsable al rey y á sí mismo de tantas vidas queridas ó sagradas, recogió precipitadamente por aquellos corredores secretos, que desde la régia alcoba se comunicaban con lo interior de palacio, algunos oficiales y guardias nacionales que se habian separado del tumulto. Hizo que la reina cogiese á sus hijos para que enternecidas las turbas al ver

tantas gracias sirviesen aquellos niños de escudo á su madre. Entonces colocó á la reina y á las damas de su comitiva en el hueco de una ventana, delante de la cual hizo poner la maciza mesa del Consejo, para interponer una barrera entre las armas del populacho y la vida de la familia real. Hecho esto colocó unos cuantos guardias nacionales a los dos lados de la mesa y un poco antes de llegar á ella. En seguida abrió él mismo las puertas del cuarto. La reina estaba de pie y tenia de la mano á su hija, que solo contaba catorce años.

Niña de una noble hermosura, y de una madurez precoz, las angustias de su familia habian impreso en su fisonomía cierta gravedad y tristeza. Sus ojos azules, su frente elevada, su nariz aguileña y su rubios cabellos rizados que la llegaban hasta media espalda, recordaban aquellas jóvenes galas que en la época de la decadencia de la monarquía decoraban el trono de las primeras razas. Esta niña abrazaba estrechamente á su madre como para cubrirla con su inocencia. Educada en medio de los primeros tumultos de la revolucion y arrastrada á París el 6 de octubre, solo habia conocido del pueblo sus asesinatos, sus conmociones y sus iras. El delfín, niño de siete años á la sazón, estaba sentado en la mesa delante de la reina. Su rostro sencillo en donde brillaba toda la hermosura de los Borbones, espresaba mas admiracion que terror. Volviase continuamente hácia su madre mirándola para leer en sus ojos á través de las lágrimas, si habia que confiar ó que temer. En esta actitud halló á la reina el grupo que acababa de salir del *Ojo de Buey* y desfiló triunfante delante de ella. Esta turba un tanto apaciguada por la firmeza y confianza del rey, manifestaba ya en su porte y en todas sus acciones lo que habia cambiado desde su entrada en palacio, hasta entonces.

Aun los hombres mas feroces se enternecen ante las debilidades, la belleza y la niñez. Una muger hermosa, humillada como reina; una joven inocente y un niño que

se sonreía con los enemigos de su padre, no podían menos de despertar la sensibilidad aun en aquellos corazones de que el odio se había apoderado. Los hombres de los arrabales desfilaban mudos y como avergonzados de su misma violencia ante aquel grupo de grandeza abatida. Solamente los mas cobardes ponían al pasar ante los ojos de la familia real las enseñas ridículas ó atroces que deshonraban á la insurrección. Indignados sus cómplices al ver esto, las apartaban con la mano y empujaban á los que las llevaban para que desapareciesen pronto de allí. Algunos dirigían á la reina miradas de inteligencia y compasión, y otros se sonreían ó hablaban familiarmente con el delfín, entablándose entre éste y los amotinados unos diálogos entre terribles y respetuosos. «Si amas á la nación, dijo un voluntario á la reina, pon á tu hijo el gorro encarnado.» La reina cogió el gorro encarnado de manos de aquel hombre y se lo puso ella misma al delfín. El niño admirado tomó á juego aquellos insultos. Los hombres aplaudieron, pero las mugeres mas implacables con la reina, no cesaron de insultarla. Las palabras obscenas, propias de las tabernas y de los mercados, penetraban por primera vez en aquellas bóvedas y herían los oídos de aquellos niños, cuya dichosa ignorancia les evitaba el horror de comprenderlas. La reina se ruborizaba al oír semejantes obscenidades; pero su ofendido pudor en nada rebajaba su varonil altivez, y se comprendía muy bien que si se ruborizaba, era mas por aquel pueblo y por aquellos niños que por si misma. Una jóven de figura graciosa y bien vestida era la que mostraba mas encarnizamiento y la que mas injurias vomitaba contra la *Austriaca*. La reina, que no pudo menos de admirar el contraste que ofrecía el furor de aquella jóven con lo interesante de su rostro, la dijo con bondad: «¿Por qué me aborreceis? ¿os he hecho sin saberlo algun daño?» A mi no, respondió la hermosa patriota, pero vos sois la que causais la desgracia de la nación.

Pobre niña, replicó la reina, eso os lo han dicho para engañaros. ¿Qué interés tengo yo en causar la desdicha del pueblo? Muger del rey y madre del delfín, soy francesa por todos los sentimientos de mi corazón, como esposa y como madre. ¡Jamás volveré á ver mi país! ¡Yo ya no puedo ser feliz ó desgraciada sino en Francia! ¡Era yo tan dichosa cuando vosotros me amábais!...

Esta tierna reconvenccion obró con tal fuerza en el corazón de aquella jóven que pidió perdon á la reina derramando copiosas lágrimas. «Bien veo, la dijo, que yo no os conocía y que sois muy buena.» En este momento, Santerre se abrió paso entre aquella multitud, y sensible, aunque brutal, no dejó tambien de enternecerse. Las gentes de los arrabales le dejaron pasar, temblando con solo oírle, y él hizo una señal imperiosa para que quedase la sala desocupada, empujando él mismo por la espalda á toda aquella gente hasta el *Ojo de Buey*. Entonces pudo respirarse allí por haberse establecido una corriente de aire, y reparando Santerre que el delfín estaba sudando á mares, dijo: «Quitadle el gorro á ese niño, ¿no veis que se está ahogando?» La reina al oír esto dirigió á Santerre una mirada de madre. Aquel se acercó á la reina, y apoyado sobre la mesa la dijo al oído: «¿Teneis unos amigos muy torpes, señora, yo conozco otros que os servirían mucho mejor!» La reina calló y bajó los ojos. Desde esta fecha empezaron las inteligencias secretas entre la reina y los agitadores de los arrabales. Estos grandes faeciosos, despues de haber sacudido el yugo de la monarquía, recibían con complacencia las súplicas de la magestad. Su orgullo se gozaba en levantar á la muger que habia abatido. Mirabeau, Barnave y Danton habian vendido ú ofrecido vender alternativamente el poder de su popularidad. Santerre no ofreció sino su compasión.

La Asamblea había vuelto á abrir su sesion en cuanto supo que había sido invadido el palacio, y había enviado una diputacion compuesta de ochenta y cuatro de sus miembros para salvar la vida del rey. Estos habían llegado demasiado tarde y andaban errantes por los patios y por los vestibulos y escaleras de palacio, porque aunque les repugnase cometer el último crimen en la persona del rey, se alegraban interiormente de que se prolongase la agonía de éste y de la córte. Perdianse sus pasos entre los de aquella multitud, cuyo ruido tampoco dejaba percibir sus palabras. El mismo Vergniaud se esforzaba en vano desde lo alto de la escalera principal en llamar al orden. La elocuencia, que es tan fuerte para conmover las masas, es impotente para contenerlas. De cuando en cuando algunos diputados realistas indignados, entraban en el salón de las sesiones y subian á la tribuna para echar en cara á la Asamblea su indiferencia. Entre estos se hicieron notables Vaublanc, Ramond, Becquet y Girardin. Mateo Dumas, amigo de La Fayette, señalando á las ventanas de palacio dijo al entrar en el salón: «¡Vengo de allí, y el rey está en peligro! acaba de verle, y en vano mis colegas Mrs. Isnard y Vergniaud hacen inútiles esfuerzos para contener al pueblo. ¡Si, yo he visto al representante hereditario de la nacion insultado, amenazado y envilecido! ¡Vosotros sois responsables de todo ante la posteridad!» La única respuesta que tuvo fueron las risas y los silbidos. «¡No parece sino que el gorro de los patriotas es un signo de envilecimiento para la frente de un rey! dijo el girondino Lasourel. ¡Cualquiera creerá que tenemos motivos de estar inquietos por la vida del rey! No insultemos al pueblo atribuyéndole unos sentimientos que no tiene. El pueblo no

amenaza ni á la persona de Luis XVI ni á la del príncipe real. Tampoco comete ningun exceso ni violencia. Adopta medidas de dulzura y de conciliacion.» Este lenguaje era hijo del pérfido letargo aconsejado por Petion. La Asamblea se durmió de nuevo al oír aquellas palabras.

Sin embargo, Petion no podia ya continuar aparentando por mas tiempo que ignoraba que se hubiese reunido un grupo de mas de cuarenta mil hombres armados, que despues de haber atravesado todo Paris, desde por la mañana habían desfilado en el salon de la Asamblea é invadido las Tullerías. Su prolongada ausencia recordaba la inaccion de La Fayette el 6 de octubre, con la diferencia, sin embargo, de que aqui había complicidad, y La Fayette obraba aquel dia inocentemente. La noche iba acercándose y podia cubrir muy fácilmente con su sombrío velo desórdenes y atentados de tal naturaleza, que escudiesen á las miras que se habían propuesto los girondinos. Petion se presentó entonces en los patios de palacio, donde se le recibió con un continuado ¡viva!

La multitud le subió en brazos hasta lo último de la escalera, desde donde penetró en la sala en que hacia tres horas que estaba sufriendo Luis XVI los insultos mas atroces. «Acabo de saber ahora mismo la situacion de vuestra magestad, le dijo al rey. — Es muy chocante, por que hace mucho tiempo que esto dura,» respondió el rey con una indignacion concentrada.

Petion subió entonces sobre una silla y empezó á arengar á la multitud que permanecía inmóvil. Viendo que nada lograba, se puso de pie sobre los hombros de

cuatro granaderos y exclamó: «Ciudadanos y ciudadanas, habeis usado con dignidad y moderacion de vuestro derecho, acabad el dia como lo habeis empezado hasta aqui; vuestra conducta ha sido conforme á ley; en nombre de esta, os intimo que os retireis imitando mi ejemplo.»

La multitud obedeció á Petion y se salió lentamente de palacio. Apenas empezó á quedar algo desahogado el salon, cuando los granaderos sacaron al rey del hueco de la ventana, en donde estaba aprisionado, y éste fué á unirse á su hermana, que se arrojó en sus brazos en cuanto le vió, dirigiéndose los dos en seguida al cuarto de la reina por una salida secreta. Maria Antonieta, á quien su altivez habia impedido llorar hasta entonces, sucumbió al exceso de su emocion y de su ternura al volver á ver al rey. Echóse á sus pies, y abrazando sus rodillas, empezó, no á llorar, sino á gritar. Madama Isabel y los niños abrazaron todos al rey, que lloraba al verlos. Todos se regocijaban al verse salvos, cual si hubiesen escapado de un naufragio, y aquella muda alegría se elevaba hasta el cielo unida á la sorpresa y al reconocimiento con que dirigian su vista hácia él para darle gracias por haberles libertado. Los guardias nacionales que habian sido fieles, los generales amigos del rey, el mariscal de Mouchy y Mrs. Aubiers y Aeloque felicitaron al monarca por su valor y por la presencia de ánimo que habia manifestado en aquella ocasion. Contáronse mutuamente los peligros por que acababan de pasar, y las atroces conversaciones, los ademanes, las miradas, las armas, los trages y el súbito arrepentimiento de aquella multitud. El rey se vió en este momento por casualidad en un espejo y notó que aun llevaba puesto el gorro encarnado. Ruborizóse al verlo, arrojóle al suelo disgustado, y sentándose en un sifon dijo á la reina enternecido: «¡Ah, señora, para que os habré yo arrancado de vuestra patria para asociaros á la ignominia de este dia!»

XXV.

Eran ya las ocho de la noche. El suplicio de la familia real habia durado cinco horas. Los guardias nacionales de los barrios inmediatos, reuniéndose espontáneamente iban llegando uno á uno á prestar apoyo á la Constitucion. Oíanse aun desde el cuarto del rey los pasos tumultuosos y las voces siniestras de las columnas populares que iban saliendo lentamente por los patios y por el jardin. Los diputados constitucionales acudieron indignados á palacio, deshaciéndose en mil imprecaciones contra Petion y los girondinos. Una diputacion de la Asamblea recorrió el palacio para enterarse de la violencia y de los desórdenes cometidos por la expedicion de los arrabales. La reina les enseñó las cerraduras forzadas, los goznes arrancados de las puertas, los pedazos de éstas y de las alacenas que habia en las paredes, y las astillas de los mangos de las picas, asi como la pieza de artilleria cargada á metralla y otra porcion de objetos que estaban desparramados por aquellos suelos. El desórden de los vestidos del rey y de toda su familia; aquellos gorros encarnados y aquellas escarapelas que les habian sido impuestas á la fuerza; la reina desgredada, pálida, convulsiva y derramando lágrimas, eran otras tantas señales mas evidentes de la injuria que habian sufrido, que aquellos objetos que habia dejado el pueblo en el campo de batalla de la sedicion. Este espectáculo enternecia á todos los circunstantes é indignaba aun á los diputados mas hostiles á la corte. La reina lo notó, y dirigiéndose á Merlin le dijo: «¿Llorais, caballero?—Sí, señora, respondió el diputado estóico, lloro las desgracias de la muger, de la esposa y de la madre, pero mi enternecimiento no pasa de aqui, porque aborrezco á los reyes.»

Estas palabras, que en otra ocasion podrian ser sublimes, eran demasiado duras en semejante momento ante un rey envilecido, unos niños inocentes y una muger ultrajada. Ellas debieron herir mas cruelmente el corazon de la reina, que los hachazos dados por el pueblo en las puertas de su palacio, porque la anunciaban por la voz de un solo hombre la inflexibilidad de la revolucion. ¿Debia este hombre asociar el odio á la piedad en una misma frase, ante un infortunio de semejante naturaleza? Aun las opiniones mas rígidas ¿no tienen siempre cierta decencia y cierto pudor que las prohiben manifestarse abiertamente cuando con hacerlo pueden herir un corazon lastimado ya por la injuria recibida? ¿No hay en la naturaleza humana algo mas santo y mas permanente que esos odios de opinion? ¿no es primero enternecerse al ver las vicisitudes de la suerte, respetar al caido y compadecer su dolor?

Tal fué la jornada del 20 de junio. El pueblo mostró en ella cierta disciplina en medio del desórden, y se contuvo hasta en medio de la violencia. El rey desplegó una intrepidez heroica en medio de la mayor resignacion; algunos girondinos dieron á conocer patentemente aquella perversidad fria que cubre la ambicion con la máscara del patriotismo, y que para apoderarse del poder le envilece, haciéndole insultar por el pueblo, sin que luego pueda recogerlo sino hecho trozos.

XXVI.

En todos los departamentos se estaban haciendo preparativos para enviar á Paris los veinte mil hombres decretados por la Asamblea. Los marseleses llamados por Barbaroux á instancias de madama Roland, se aproximaban ya á la capital; almas ardientes del Mediodía, que ve-

nian á avivar en Paris el foco revolucionario demasiado apagado, segun el entender de los girondinos. Este cuerpo constaba de mil dociientos á mil quinientos hombres genoveses, ligurios, corsos y piemonteses, reclutados para un golpe de mano decisivo en todas las playas del Mediterraneo. La mayor parte de ellos eran marineros ó soldados aguerridos en las batallas, y otros cuantos eran solo unos malvados avezados al crimen. Esta fuerza estaba mandada por jóvenes marseleses, amigos de Barbaroux y de Isnard. Fanatizados por el sol y por la elocuencia de los clubs provenzales atravesaban la Francia en medio de los aplausos de las poblaciones de lo interior del reino, que les recibian en triunfo y les embriagaban de entusiasmo y de vino en las comidas patrióticas que les daban diariamente. El pretexto de aquella marcha era ir á fraternizar en la federacion del 14 de junio, con los demas federados del reino. El motivo secreto de ella, era intimidar á la guardia nacional de Paris, avivar la energia revolucionaria de los arrabales, y ser la vanguardia de aquel campamento de veinte mil hombres que los girondinos habian hecho votar á la Asamblea para dominar á la vez á los fuldenses, á los jacobinos, al rey y á la misma Asamblea, teniendo á su disposicion un ejército compuesto esclusivamente de hechuras suyas.

Los pueblos enteros salian á recibirles, y lo mismo sucedió al de Paris. Los guardias nacionales, los federados, las sociedades populares, los niños, las mugeres, y finalmente, toda aquella parte de las poblaciones que vive de las emociones de la calle y que acude á todos los espectáculos públicos, volaban al encuentro de los marseleses. Los rostros tostados de estos hombres, su aire marcial, sus ojos de fuego, sus uniformes cubiertos de polvo, su gorro frigio, sus estrañas armas, las ramitas verdes que llevaban en el gorro y su acento estrangero, unido á su rostro feroz y á los mas atroces juramentos, todo esto reunido heria vivamente la imaginacion de la

multitud. Parecía que la idea revolucionaria se había hecho hombre, y que bajo la figura de aquella horda iba á dar asalto á los últimos restos del trono. Los marselleses entraban en las ciudades y en los pueblos cantando estrofas terribles, y eran recibidos bajo arcos triunfales. Aquellas coplas, alternando con el ruido regular de sus pasos y con el de los tambores, se parecían á los coros de la patria y de la guerra, respondiendo por intervalos iguales al choque de las armas y á los instrumentos mortíferos de los guerreros al ir al combate. He aquí esta canción patriótica, grabada en el alma de la Francia.

XXVII.

I.

Vamos, hijos de la patria, ha llegado el día de la gloria, el sangriento estandarte de la tiranía está alzado contra nosotros. ¿Oís en los campos el rugido de esos feroces soldados? ¡Vienen á degollar hasta en vuestros brazos á vuestros hijos y á vuestras compañeras!...

¡A las armas ciudadanos! ¡formad vuestros batallones! ¡Marchemos! ¡Riegue nuestro suelo esa sangre impura!

II.

¿Qué quiere esa horda de esclavos, de traidores y de reyes conjurados? ¿Para quién se preparan hace ya tanto tiempo esas innobles trabas y esas pesadas cadenas? ¡Para nosotros, franceses! ¡Ah! ¡qué ultraje! ¡Cuánta ira debe escitar en nosotros! ¡Cómo se atreven á meditar el imponernos á nosotros la antigua esclavitud!...

A las armas, etc.

III.

IV.

V.

VI.

¡Amor sagrado de la patria, condúcenos, sostén nuestros brazos vengadores! ¡Libertad, libertad querida! ¡combate con tus defensores! ¡Acuda la victoria á afiliarse en nuestras banderas llamada por tus enérgicos acentos! ¡Vean tus enemigos al espirar tu triunfo y nuestra gloria!...

A las armas, etc.

ESTROFA DE LOS NIÑOS.

¡Nosotros entraremos en la carrera cuando no existan ya nuestros mayores! ¡Nosotros hallaremos en ella el polvo y la huella de sus virtudes! ¡Mucho menos deseosos de sobrevivirles que de morir como ellos, tendremos el sublime orgullo de vengarlos ó de seguirlos!

A las armas, etc.

La música de este himno era tan á propósito para entusiasmar como su letra, y parecia que saliendo del pecho á manera del sordo rugido de la ira nacional, se convertía despues como por encanto en el eco gozoso de la victoria. Habia en esta cancion cierta cosa tan solemne como la muerte, tan serena como la inmortal confianza del patriotismo. En una palabra, era el heroismo cantado, ó un eco salido de las Termópilas.

Percibianse en aquel canto el paso cadencioso de miles de hombres que marchaban reunidos á defender las fronteras, sobre el sonoro suelo de la patria. La voz lastimera de las mugeres, los lloros de los niños, los relinchos de los caballos y el silbido de las llamas que devoraban los palacios y las chozas; oíanse ademas los sordos golpes de la venganza hiriendo repetidas veces con el hacha, y sacrificando á los enemigos del pueblo y á los profanadores del territorio. Las notas de aquella música chorreaban sangre cual bandera empapada en ella en el campo de batalla. Ellas hacian estremecer, pero el estremecimiento producido en el corazon por sus vibraciones era intrépido. Ellas animaban al combate, aumentaban las fuerzas y cubrian con un velo el hórrido semblante de la muerte. En una palabra, eran el *agua de fuego* de la revolucion, que cayendo gota á gota sobre los sentidos y sobre el alma del pueblo, producía en él la embriaguez de las batallas.

Todos los pueblos oyen en ciertos momentos dados estos acentos que nadie ha escrito, que todo el mundo canta, y que parecen salir del alma de la nacion. Todos los sentidos quieren ofrecer su tributo al patriotismo y alentarse mutuamente. El pie anda, el gesto anima, la voz embriaga al oido, y éste conmueve el corazon. El

hombre todo entero se convierte en un instrumento de entusiasmo. El arte es entonces santo, el baile heróico, la música marcial y la poesia popular; de suerte que el himno que sale en aquel momento de todas las bocas es imperecedero y jamás se profana usándolo en ocasiones vulgares. Semejante á aquellas banderas sagradas suspendidas en las bóvedas de los templos y que no sirven sino en ciertos dias, el canto nacional se guarda como un arma formidable para las grandes necesidades de la patria. El nuestro recibió de las circunstancias en que salió á luz cierto carácter que le hace á la vez mas solemne y mas siniestro, por hallarse mezclados en sus coplas y estribillo la gloria y el crimen, la victoria y la muerte, pues si bien es cierto que fué el canto del patriotismo y que condujo nuestros soldados á la frontera, tambien fué la imprecacion del furor y el que acompañó constantemente nuestras victimas al cadalso. Un mismo hierro defiende la patria puesto en manos del soldado, y sacrifica las victimas en las del verdugo.

XXIX.

La *Marsellesa* conserva aun cierto sabor de canto de gloria y de grito de muerte; glorioso como el uno, fúnebre como el otro, porque al mismo tiempo que tranquiliza á la patria hace palidecer á los ciudadanos. He aqui su origen.

Estaba entonces de guarnicion en Estrasburgo un oficial de ingenieros llamado Rouget de Lisle, hijo de Lonsle-Saunier, en el departamento del Jura, pais de ensueños y de energia, como lo son siempre las montañas. Este oficial era aun muy jóven y amaba la guerra como soldado y la revolucion como hombre pensador. Sus versos y sus conocimientos musicales le hacían pasar distraido

en aquella triste guarnicion. Buscado en la sociedad por su doble talento de músico y poeta, frecuentaba familiarmente la casa del baron de Dietrich, constitucional, amigo de La Fayette y corregidor de Estrasburgo. La baronesa y unas cuantas jóvenes amigas suyas participaban del entusiasmo patriótico de la revolucion, que palpitaba con mas violencia en las fronteras, á la manera que la crispatura en los cuerpos es mas sensible en las estrechidades. Todas aquellas señoras apreciaban mucho al jóven oficial á quien inspiraban su corazon, su poesia y su música, siendo las primeras en ejecutar vocalmente y en el piano las notas apenas producidas por él.

Corria entonces el invierno de 1792, y el hambre se hacia sentir en Estrasburgo. La casa de Dietrich, opulenta al principio de la revolucion, pero agotada ya por los forzosos sacrificios que la habian impuesto las calamidades de la época, habia venido muy á menos. Rouget de Lisle recibia la hospitalidad en aquella mesa frugal, donde se sentaba diariamente como un hijo de la casa. Un dia que no tenian para comer sino pan de municion y algunos pedazos de jamon ahumado, Dietrich miró á de Lisle con una serenidad en que se advertia cierta tristeza, y le dijo: «La abundancia falta en nuestros festines, ¿pero qué importa esto con tal que no falte el entusiasmo en las fiestas cívicas ni el valor en el corazon de nuestros soldados? Todavía tengo en mi bodega una botella de vino del Rhin; voy á mandarla traer para que nos la bebamos á la salud de la libertad y de la patria. Pronto debe haber en Estrasburgo una ceremonia patriótica, y es preciso que de Lisle beba en las últimas gotas de esta botella uno de esos himnos que producen la embriaguez en el corazon del pueblo de donde ha salido.» Las jóvenes aplaudieron esta idea, y en cuanto trajeron la botella llenaron las copas de Dietrich y del jóven oficial hasta que se salió el licor. Cuando pasaba esto era ya tarde y la noche estaba muy fria. De Lisle se puso á

pensar y se quedó distraído, como quien tenia el corazon conmovido y la cabeza acalorada. Apoderóse de él el frío á poco rato, y entonces se fué á su casa, donde trató de buscar la inspiracion, tan pronto en las palpitaciones de su alma como ciudadano, como en el teclado del instrumento como artista. Ya componia la música antes que las palabras, ya prescindia de aquellas para componer estas, asociando de tal suerte una y otra cosa en su pensamiento, que ni él mismo sabia cuál habia nacido primero; tan imposible le era separar la poesia de la música y el sentimiento de la espresion. De Lisle lo cantaba todo, y no escribia nada.

XXX.

Agobiado con tan sublime inspiracion se durmió sobre el piano y no se despertó hasta que fué de dia. Los cánticos de la noche se representaron confusamente en su memoria como las impresiones de un sueño. Entonces los escribió, compuso la música y se fué en seguida á casa de Dietrich, á quien halló en su huerto entrecabando unas lechugas. La muger del corregidor patriota dormia aun. Dietrich fué á despertarla y á llamar á algunos de sus amigos, tan apasionados como él por la música y capaces todos ellos de ejecutar la composicion de de Lisle. Este la cantó, y una de las señoritas le acompañó con el piano. A la primera estrofa palidieron los rostros de todos los circunstantes, á la segunda corrieron por ellos copiosas lágrimas, y á la tercera prorumpieron en un grito unánime de entusiasmo. Dietrich, su muger y el jóven oficial se abrazaban llorando. ¡El himno de la patria se habia hallado! ¡Ay, tambien debia ser el himno del terror! El infortunado Dietrich marchó á los pocos meses al cadalso al son de aquellas notas nacidas en su

hogar y produccion del corazon de su amigo y de la voz de su muger.

A los pocos días apareció la nueva cancion en Estrasburgo y voló de ciudad en ciudad, tocada por todas las orquestas populares. Marsella la adoptó para cantarla al principio y al fin de las sesiones en los clubs, y los marseleses la esparcieron por toda la Francia, cantándola por los caminos. De aquí le viene el nombre de *Marsellesa*. La anciana madre de de Lisle, realista y religiosa, asustada del renombre que había adquirido su hijo como autor de esta cancion, le preguntaba en una de sus cartas: «¿Qué himno revolucionario es ese que canta una horda de bandidos al atravesar la Francia, y al cual va unido nuestro nombre?» El mismo de Lisle, proscrito por federalista, se estremeció al oírle resonar en sus oídos como una amenaza de muerte, cuando un día andaba fúgitivo y errante por las veredas del Jura. «¿Cómo se llama ese himno?» le preguntó al guía que llevaba. «La *Marsellesa*,» respondió el paisano. De este modo supo el nombre de su propia obra, precisamente cuando huía del entusiasmo que había producido su cancion. A duras penas pudo escapar á la muerte. El arma suele volverse contra la misma mano que la ha forjado; la revolucion cuando llega al delirio no reconoce ya su propia voz.

LIBRO DIEZ Y SIETE.

Reaccion.—El directorio de Paris suspende á Petion.—Indignacion del ejército.—Llegada de La Fayette á Paris.—Su discurso en la Asamblea.—Doble papel de Danton.—Relaciones entre la corte y los girondinos.—Gadet va secretamente á las Tullerías.—Su enternecimiento.

I.

La corte estaba temblando desde que supo la venida de los marseleses, porque para su defensa no contaba con otra cosa que con un fantasma de Constitucion en la Asamblea, y con la espada de La Fayette en las fronteras. Los oradores constitucionales Vaublanc, Ramond, Girardin y Becquet, aunque tan elocuentes como los de la Gironda, no tenían la influencia de estos; limilábanse pues. á defender artículo por artículo al impotente código que la nacion acababa de jurar, y el valor que manifestaban en tamaña crisis, era el mas hermoso y meritorio que puede darse, que es aquel que no tiene esperanza. La Fayette con generosa intrepidez desafiaba á los jacobinos en sus alocuciones al ejército y en sus oficios á la Asamblea,